

¿Qué esperanza tiene América Latina?

Eduardo Engel*

Fue la semana pasada, hacia el final de una de las sesiones del curso de pregrado que dicto en Yale sobre problemas económicos de América Latina, que una alumna exclamó: “Y después de todo lo que hemos visto, ¿qué esperanza tiene América Latina? Grupos de presión poderosos y sin contrapeso, gobiernos débiles, políticos corruptos, una ciudadanía desorganizada, al final nadie hace nada por los más necesitados”.

El curso es un seminario, los estudiantes van leyendo diversos artículos que discutimos en una reunión semanal. Mi rol es moderar y motivar. Los alumnos son entusiastas y aprenden rápido. Abiertos a nuevas ideas, sin prejuicios, no aceptan nada “porque sí” o “porque lo dijo el profesor”, dispuestos a cambiar de opinión si los argumentos les parecen convincentes.

El curso parte discutiendo la industrialización mediante sustitución de importaciones, estrategia de desarrollo en boga en América Latina durante los 50 y los 60. Las altas tasas de crecimiento iniciales, el estancamiento posterior, los generosos subsidios a empresas “nacientes” que nunca superaron la etapa de “lactancia”, el deterioro de los términos de intercambio (Prebisch-Singer) que no estaba en los datos (el poder de las ideologías), el inesperado incremento y profundización de las crisis cambiarias, los deficit fiscales crecientes y la consiguiente inflación.

Luego de sustitución de importaciones cubrimos la crisis de la deuda y la década perdida de los ochenta. A continuación vimos las reformas de comienzos de los '90: apertura de la economía, privatizaciones, disciplina fiscal y reforma tributaria, focalización del gasto social, desregulación. Y aunque los noventa fueron mejores que los ochenta (no era difícil), el recuento final también es decepcionante. Un malestar generalizado, el resurgimiento de opciones populistas, índices de pobreza que no mejoran y tasas de crecimiento mediocres.

Y así llegamos al presente y el “descubrimiento” de la importancia de las instituciones para el desarrollo económico. La calidad del gobierno como determinante clave: transparencia, accountability, una prensa independiente e inquisitiva, un Poder Judicial independiente y fluido, grupos de presión que no se benefician a costa de la gente y tantas cosas más.

Es cierto, la experiencia chilena tiene diferencias importantes con aquella del resto de América Latina. Con la sustitución de importaciones nos fue peor que al resto, la crisis de la deuda también

nos tocó más duro. En cambio, nuestro desempeño de 1986 en adelante, con altas tasas de crecimiento y una reducción impresionante de la pobreza, es la única experiencia exitosa en América Latina durante las últimas décadas.

De vuelta a la afirmación inicial de mi alumna, sugiriendo que no hay solución a los problemas de América Latina, que con gobiernos débiles y grupos de presión varios no hay nada que hacer.

Les dije que iba a contarles dos historias, ambas de Chile. Primero describí el paro de los camioneros a fines del 2000. El gobierno no estaba preparado para enfrentarlo, la oposición tomó palco para obtener beneficios electorales, los dirigentes empresariales no protestaron contra evidentes atropellos del derecho de propiedad (bloqueos de carreteras), etc. Al final los camioneros obtuvieron subsidios diversos, medidas que reducen la competencia en el sector y otras granjerías. Las expresiones faciales de los alumnos indicaban decepción. “Precisamente ese es el problema” parecían decir, “¿qué hay de nuevo?”.

Luego les conté una segunda historia. Comencé con la licitación de recorridos de microbuses en Santiago a comienzos de los '90, la reducción inicial del precio de los pasajes, la creciente colusión de los micreros hacia fines de los '90, hasta llegar al bloqueo de las principales arterias de la capital en agosto recién pasado. Luego les relaté el exitoso manejo de la situación por parte del gobierno. La remoción de los microbuses, el director de la CONAMA mostrando la apreciable mejora de los índices de contaminación durante el día que no circularon buses, los noticiarios de la televisión llevando a cada hogar de Chile el tremendo sufrimiento que causó el paro. La pena e impotencia del humilde pastor evangélico cuyo hijo murió atropellado por un microbús que participaba en el paro será difícil de olvidar. Y pasé a contarles que el paro se quebró el segundo día: la detención de los instigadores y la enorme aprobación ciudadana del manejo del gobierno. Lo que la dictadura militar no se atrevió a hacer—resistir las presiones de los micreros—lo había logrado un gobierno democrático. Las democracias pueden enfrentar de manera más eficaz a los grupos de presión que las dictaduras.

Los estudiantes se veían de mejor ánimo. “Un caso mal llevado, otro bien llevado” dije, resumiendo las lecciones de ambos casos. Concluí hablando del conflicto en curso con los gremios de la salud. El impresionante incremento de recursos para la salud pública desde 1990 en adelante, la decepcionante mejora de los servicios de salud que siguió, diversas mediciones (y anécdotas) sobre cómo se dilapidan recursos en ese sector, los buenos médicos que son malos gestores, el poderoso Colegio Médico y su oposición a cualquier iniciativa que le reste poder. “El momento es complicado” agregué: la oposición y los sectores empresariales cercanos a las ISAPRES (cuyo comportamiento también dista de ser ejemplar), una coalición de gobierno poco cohesionada, una reforma que inicialmente no enfatizó las mejoras de gestión, etc. “¿Quién ganará esta vez?” pre-

gunté. “Ya les contaré en una próxima clase”.

***Eduardo Engel es Profesor Titular de Economía de la Universidad de Yale.**